

Hay un pozo perdido en el campo  
que ni el sol ilumina  
que no tiene belleza ninguna.

Pero llega la noche  
¡y oh milagro, milagro!  
si a mirarlo la luna se inclina  
reflejando el fulgor de la luna  
llena el pozo una gracia divina.

Hay un pozo perdido en el campo  
donde voy a llorar tus desvíos,  
mudos, tristes los dos y olvidados...

¡Oh, que vengan tus ojos amados  
a mirarse también en los míos!

### Y LEVANTÉ LA TIENDA

Llegué pero sin fuerzas para seguir de nuevo,  
¡qué inútil parecía mi entusiasmo de ayer!  
¡cómo sonaban huecas las voces de otro tiempo:  
partir, llegar, vencer!

¡Vencer! Eso los jóvenes pasajeros cantaban...  
Yo bajé lentamente a la vieja estación,  
busqué un lugar de sombra junto a la fuente clara  
y levanté la tienda de mi resignación.

EDGARDO UBALDO GENTA

# LA NEVADA

## MEDITACION SIN ORDEN

**N**IEVA. Esto, desde luego, es poco original; pero, ¿cómo voy a decir que está nevando? Miles de cuartillas habrán perdido la virginidad por obra de este verbo impersonal. La originalidad es difícil, difícilísima. A veces, leyendo un libro cualquiera, me sorprendo al encontrar en él ideas que yo mismo he tenido antes, casi con las mismas palabras. Si las hubiese estampado en una de mis páginas y cualquier erudito «cazase» la coincidencia, tendría que soportar la acusación infamante: ¡Plagiario! Y, sin embargo, la vida toda es un descarado y constante plagio. Hacemos las mismas cosas, tenemos los mismos pensamientos, los hilvanamos con las mismas palabras. Si la especie produjese un polígrafo, que viviera cien años, tuviera cien cabezas y pudiese abarcar las montañas de papel escritas en todas las épocas y latitudes, nos dejaría estupefactos con la cantidad de plagios cazados. Y es que, en realidad, las ideas, los temas fundamentales del pensamiento humano, son muy pocos, se pueden contar con los dedos de la mano. Podrían compararse con lapiceros gastados, a los que todos queremos sacar nueva punta; y están ya tan mermados que muchos nos cortamos los dedos en el empeño.

Nieva. Fueron primero unos copos chiquitines que descendían con lentitud, como si advertidamente retrasasen el contacto con la roña de la calle. Parecía que los innovadores del cielo tuviesen allá una juerguecita de carnaval y quisiesen colmar de «confetti» la pista de esta sala de fiestas planetaria, en la que cada uno baila al son que le tocan. Luego fueron copos grandes, desgarrados—pingajos les decimos aquí, gráficamente—, en formación cerrada. Tras los cristales, creía asistir a una sesión de cine, en la que se proyectara un desembarco aéreo en gran escala. La ilusión óptica me hacía distinguir los finísimos hilos del paracaídas y, colgando de ellos, la diminuta figura de un ángel equipado con terrible arma secreta: la inocencia.

Me reí a carcajadas. ¿Qué pretendían conquistar aquellos infelices con un arma contra la que tienen los habitantes de La Tierra tantos medios defensivos? Pero, amigos, bien se dice que no hay enemigo pequeño. Con absoluto desprecio de la vida, se lanzaban al asalto, oleada tras oleada. Un millón caía y otro millón cerraba la

brecha ¡Y vencieron! A la media hora habían tomado todos los riscos y vaguadas y el rostro viejo y picado de viruelas del planeta aparecía terso, limpio y hermoso como el de una mocita de quince años.

Nieva. Yo, tras los cristales, casi embutido en el brasero, sigo divagando. Y se me ocurre una tremenda vulgaridad: ¿Qué hubiera pensado, imaginado un hombre como yo, en este momento, hacen años? ¿Escribiría unos versos llorones, en los que saliesen a relucir sudarios tristes, impolutos mantos y ámbitos helados? ¿O, tal vez, un cuento con padres crueles, hijos abandonados y almas caritativas que generosamente se desprendían de un pedazo de pan y una chaqueta vieja?

¿Y hoy? Hoy tendría que escribir como sigue: «Nieva intensamente en toda la Península. Los labradores están satisfechísimos, porque es augurio de excelentes cosechas, que seguirán vendiendo a precios óptimos. También están muy satisfechos los accionistas de empresas hidroeléctricas, pues los embalses tienen ya el 65 por 100 de su capacidad total, y esperan que con estas nevadas rebosen de agua y ellos de contento. Asimismo, los farmacéuticos, que con la venta de anticatarrales, harán el agosto en enero. Sólo gruñen un poco los fabricantes de insecticidas, porque el meteoro destruye muchos parásitos y esto mermará considerablemente sus beneficios». Lo que se dice literatura de parte meteorológico glosado.

¿Esto o aquello? ¿Y qué más da? Cada cosa a su tiempo. Y si hubo tiempos, al parecer felices, en los que alguien podía desprenderse de un mendrugo y unos harapos, dando motivo de inspiración a poetas y cuentistas, tampoco estorba que vivamos las inquietudes de la hora, tendiendo las antenas del espíritu a todos los horizontes.

Termino con la duda de si seré plagiarlo. Me temo que sí: es improbable que estas tonterías no las hayan pensado y dicho muchos hombres antes que yo.

Sigue nevando...

EUGENIO PAYO



## Voces y expresiones viciosas

### Propugnar



El prefijo *pro*, que tantas veces entra en la formación de nue-

tras palabras, tiene diversos significados, si bien su sentido fundamental, como en latín, es *por*.

En *proclamar*, denota publicación, «clamar o gritar» según Salvá; (1) ya niega o contradice, como en *proscribir*; ya indica sustitución o *en vez de*, como *procónsul* y *pronombre*; ora expresa impulso, movimiento, como en *proponer* y *propasar*, (2) o la acción de «producir engendrando», como en *procrear*.

En la lengua de Horacio, *pro* puede significar, además de *por*, ante, sobre, en favor de, en defensa de, a cambio de o en compensación de, con motivo de, según, conforme, en lugar de, etc.

Es muy frecuente oír o ver escrito, y esto tiene más gravedad, porque *quod scripsi, scripsi*, que tal personaje o personajillo de la política «propugnó en la Cámara de Diputados, *por* que se suprimiese o modificase este o aquel precepto de esta o aquella ley», y que un autor francés o alemán de muchas campanillas, de los que gozan de grande predicamento en su país, «propugnó *por* la supresión de la pena de muerte», quizá porque, como afirmaba rotundamente Víctor Hugo, un muerto no sirve para nada.

Tales *solecistas* o contraventores de las leyes del lenguaje, bien merecida se tienen la palmeta del dómine. Propugnar *por*, es albarda sobre albarda, expresión pleonástica, si se me permite hablar así, ya que *propugnar* lleva embebida la idea de *por*, como vamos a ver a seguido, y si yerro, que se me corrija.

La voz objeto de este palique, viene de *propugnare*, y ésta de *pro*, *por*, y de *pugno*: batallar, pelear, combatir en defensa de tal o cual persona o cosa. *Propugnare puero misello*. De aquí que los buenos hablistas prescindan muy juiciosamente de la preposición *por*, y digan o escriban—para honra de Cervantes, Valdés, los dos Luises y nuestro nunca bastante elogiado Forner, el autor de las *Exequias de la lengua castellana* y *Oración apologética por la España y su mérito literario*—propugnar esto o aquello; así *por* lo

(1) *Gramática de la lengua castellana* (París, 1835).

(2) *Diccionario de la Academia* (Madrid, 1925).